

# LA CONCEPCION DEL AMOR EN MAX SCHELER

Por MIGUEL ANGEL VIRASORO

## I

Max Scheler ha estudiado el amor desde diversos puntos de vista concurrentes.

En su obra capital **Del Formalismo en la Etica y la Etica material de los valores** lo investiga en cuanto órgano de aprehensión de los valores, distinguiendo tres grados o capas superpuestas de vida emocional.

Primero el **sentimiento puro**, función radical de nuestra intimidad mediante la cual tomamos un primer contacto enteramente pasivo con el mundo integral de los valores.

Los valores, según Scheler, cualquiera que sea su índole, estéticos, como lo bello y lo feo, éticos, como lo bueno y lo malo, económicos, como lo útil y lo inútil, jurídicos, como lo legal y lo ilegal etc. no llegan a nuestra conciencia al través de una previa filtración y connotación por el entendimiento, sino que se abren directamente y son aprehendidos en modo inmediato por nuestra sensibilidad emocional.

La afectividad emocional es así un modo de aprehensión y de conocimiento de los valores; pero considerados sólo en sí mismos, en sus individuales valencias, independientemente de toda referencia a su situación jerárquica, de prelación o subordinación con respecto a los demás valores.

Percibimos mediante ella que una cosa o una persona es bella o buena o útil o justa etc., pero en qué grado sea o encarne el valor representado, ni qué rango le corresponda a éste valor dentro del conjunto o sistema de los valores vigentes, es conocimiento al que no podemos elevarnos por la mera afectividad.

Esta aquilatación, o mejor dicho, comprensión del grado de perfección del valor, y a su vez del orden que corresponde a cada clase de valores dentro de una jerarquización total, sólo puede ser realizada mediante un acto **emocional especial**, característico, que excede y rebasa el sentimiento puro, con su esencial pasividad y determinabilidad.

Este acto emocional especial, que Scheler define como el segundo estrato de la vida emocional, consiste en un acto de **preferencia o postferencia**. Acto también, como el anterior, esencialmente intuitivo, ajeno a toda mediación racional.

Mediante esta preferencia o postferencia intuitiva establecemos en el orden de los valores una tácita graduación. Decide con ella el hombre emocionalmente y con independencia de toda intervención de la voluntad y del intelecto, sobre la primacía o subalternidad que corresponde a las diversas clases de valores.

Los valores meramente utilitarios, de lo agradable o desagradable, se reconocen en esta valoración como las formas más bajas del valor, a las que debemos superponer como ocupando su grado superior inmediato, a los valores vitales, como ser lo sano y lo enfermo, lo vitalmente ascendente o decadente, lo noble o lo innoble o vulgar.

Por sobre los valores vitales postula nuestra actividad directiva los valores espirituales y por último ocupando el lugar más alto de la escala, aún por sobre los propios valores espirituales coloca Scheler los valores religiosos con sus dos polos contrapuestos de lo santo y lo profano.

En estos actos de preferencia, por lo mismo que no son productos de la actividad voluntaria del hombre, aclara Scheler, no va involucrado en modo alguno un acto de elección mediante el cual el yo decida su opción por uno u otro de varios valores contrapuestos. La función preferencial, según Scheler, no emana de la voluntad, sino que es anterior a ésta, presenta caracteres esencialmente pasivos. No importa aún cómo el amor sea un movimiento hacia los valores.

Los actos de preferencia o postferencia, aunque señalan un manifiesto avance sobre los actos de pura afectividad, no expresan aún la intencionalidad emocional en su plenitud, que es alcanzada recién en un tercer grado o estrato esencial de ella representado en los actos de amor y de odio.

En el amor, el mundo de los valores, accesibles en cuanto tales, a la pura sensibilidad, y encuadrados dentro de una jerarquización inmanente en función de los actos preferenciales, adquieren recién una dimensión dinámica. Mediante el amor los valores se movilizan y tratan de alcanzar su interior perfección.

Cuando se ama a una persona se tiende a realizar en su ser cualidades y valores que en verdad le pertenecen, pero sólo en modo potencial, e invisible para la persona no amante. El amor viene a ser así como el "pionner" o explorador que va desbrozando y poniendo al descubierto en el sujeto de su dilección, valores para los que éste había permanecido hasta entonces ciego. Un movimiento por el que se hacen traslúcidos y ostensibles valores completamente desconocidos del ser amado.

II

En su ensayo **Amor y Conocimiento**, trata Scheler de fundamentar la prelación del amor con respecto al conocimiento, en toda aprehensión de la realidad, afirmando los ojos del entendimiento como oscurecidos a toda verdad si antes no han sido alumbrados por la luz que viene del corazón.

Define el amor cristiano frente al de la antigüedad clásica, contraponiendo el amor **dación** que baja de Dios a las creaturas, de San Dionisio y Agustín, al amor platónico que describe a la inversa como un proceso de ascensión del alma humana desde las formas más bajas de la realidad hasta sus modos superiores, como un movimiento que va desde lo más ínfimo a lo más excelso, de lo más pobre a lo más rico, del no-ser al ser, concepción común a la filosofía griega y a la más auténtica metafísica hindú.

Por último en su notable opúsculo **Ordo amoris**, ensaya, siguiendo a Pascal, establecer un orden objetivo fundado exclusivamente sobre el amor, al que se harían presente los valores y sus gradaciones en modo absolutamente evidente e indisputable, guardando una equivalente certeza a la de los axiomas de la razón.

"Nos encontramos dentro de un inmenso mundo de objetos sensibles y espirituales que conmueven incesantemente nuestro corazón. Sabemos que los objetos que llegamos a conocer por la percepción y el pensamiento y también los que promueven nuestra voluntad y acción dependen primordialmente de nuestro corazón".

La concepción de un **ordo amoris** justo y verdadero importa el supuesto de un reino objetivo de las cualidades y atributos estimables de las cosas, ordenadas con rigor absoluto y con total independencia con respecto al sujeto valorante. Un orden que se impone al hombre desde fuera, y que el hombre no contribuye en modo alguno a crear ni realizar.

Lo que se ha dado en llamar simbólicamente el **corazón humano**, no es un caos de oscuros estados sentimentales asociados y disociados al azar, sino, fundamentalmente, algo así como el reverso articulado del cosmos o conjunto orgánico de todos los posibles caracteres avaluables del universo y de su ordenación inmanente.

Es por ello un microcosmos del mundo de los valores. "El corazón tiene sus razones que la razón no comprende", ha expresado Pascal con genial intuición de esta ordenación inmanente al ámbito del amor.

El corazón tiene sus razones, es decir, posee dentro de su peculiar dominio, algo estrictamente análogo a la lógica, pero que sin embargo no coincide con las leyes del entendimiento. Rigen sobre él, leyes innatas "a priori", que responden al plan según el cual se halla edificado el mundo, en cuanto mundo de valores.

El corazón tiene sus razones, sí, pero no razones sobre las cuales ha decidido ya previamente el entendimiento.

En la expresión de Pascal es sobre los vocablos "sus" y "razones" donde debe cargarse el acento. El corazón tiene sus razones, "las suyas", de las cuales el entendimiento nada sabe ni puede saber; y tiene "razones", es decir, evidencias objetivas, sobre hechos que en principio son inaccesibles al entendimiento, tanto co-

mo lo son los colores para el ciego y para el sordo los sonidos.

La frase de Pascal expresa una evidencia de la más profunda significación, una certeza que sólo ahora comienza a surgir lentamente de entre escombros de equívocos.

Existe un orden del corazón, una lógica del corazón, tan rigurosa y objetiva, tan absoluta e inquebrantable como las proposiciones y silogismos de la lógica deductiva.

Lo que la expresión simbólica **corazón** designa no es la sede de confusos estados emocionales, de oscuros e indefinibles impulsos, caóticas tendencias que empujan al hombre a la deriva; sino un conjunto de actos dirigidos, de funciones que poseen en sí una ley, independiente de la organización psicofísica humana, un conjunto de movimientos orientados según fines intrínsecos, que trabajan con precisión y ponen de manifiesto ante nuestros ojos una esfera de hechos rigurosamente exacta, la más fundamental y precisa entre todas las posibles esferas de hechos.

Esta concepción orgánica del mundo que se fundamenta en una correlativa organización y jerarquización ideal de carácter no ya cerebral sino cordial y dilectivo, es sin disputa una de las conquistas más trascendentales de la filosofía moderna, que ha encontrado en ella una amplia vía de realización y un ámbito de problemas y esclarecimientos repleto de perspectivas imprevistas.

Con todo, esta concepción dinámica emocional del universo que lucha por sustituirse a la abstracta concepción mecanicista de la filosofía cartesiana y del cientificismo moderno, no ha logrado alcanzar su integral plenitud dentro de la especulación scheleriana, en razón, a nuestro juicio, de una incompreensión de éste con respecto a la verdadera naturaleza y esencia del amor, del amor considerado en su propio ser o substancia inmanente y en su estructura dinámica. Esencia o naturaleza propia del amor, que indaga preferentemente en su obra: **De la Naturaleza y formas de la simpatía**, especialmente en los capítulos referentes a la **Fenomenología del amor y del odio**.

### III

Considerado en cuanto a su naturaleza o esencia el amor deberá ser definido, ante todo, según Max Scheler, como un movimiento activo.

El primero que habría llegado a la captación del amor como **actividad** y comprendido el carácter primordial de esta actividad, sería Francisco Brentano.

Brentano fue quien, antes que nadie, se separó de la falsa concepción predominante del amor que definía a éste como una **afección pasiva**, como pura pasión, en la que el alma del amante era concebida como el escenario o paisaje abstracto cuya quietud latente había de ser conmovida por la irrupción violenta y subitánea del amor.

El amor más bien que un padecer, es un inmaterial hacer. Un movimiento intencional dirigido hacia una cosa, un bien o una persona, y a favor del cual nos es revelado y entregado el objeto en su más íntima esencia. Es decir, se nos hacen intuibiles sus más elevados valores, a partir de un valor inferior, o conjunto de valores inferiores, que les sirven de base o fundamento.

Este movimiento ascensional no exige originariamente la existencia previa de una pluralidad de valores. Basta que nos sea intuible el valor inferior, desde el cual podamos transferirnos hacia sus modos más excepcionales por el vehículo vivo del amor. El valor superior, sólo puede ser postulado como término o fin ideal de este inflamado deambular, desde que únicamente puede llegar a ser perceptible para nuestra conciencia a la luz del amor y como resultado o fruto de su movimiento inquisitivo.

Sería esta **percepción del valor superior oculto**, lo que según Max Scheler, caracteriza esencialmente al amor. Este pues, no es en su última instancia, ni una reacción gozosa frente a un valor o bien previamente percibido, ni una fruición emocional transida de apetencia con respecto a la cosa o la persona amada, sino exclusivamente una percepción o intuición "sui géneris" de valores.

El amor no es tampoco una contemplación extática, vibración inactiva y asentidora de un valor presentado ante nuestra visión de una vez para siempre. Tal concepción implicaría desconocer la naturaleza esencialmente dinámica del amor, cinetismo inmanente y consubstancial que ya fuera puesto singularmente de relieve por Platón en **El Banquete**, al definir el amor como un movimiento de autorrealización del ser, como una procesión ascendente que va desde las formas más subalternas y vacías hacia las formas más plenas y ricas de contenido.

Solo puede hablarse de amor en la medida en que al valor dado como básico, al valor real, se le sobreagregue un movimiento intencional inquisitivo hacia valores más y más altos. Valores que existen como virtualidades o en potencia en el objeto amado, pero no han sido aún incorporados por éste a sus cualidades efectivas, actuales.

Es así que en el amor que experimentamos por una persona que conocemos empíricamente, nos forjamos una imagen ideal de su valor.

Imagen ideal que existe ya de una manera latente en los valores que se ofrecen a nuestra intuición, lo que excluye el supuesto de una proyección o extraversion, de los valores del sujeto amante, sobre la persona amada, y que ella auténticamente no posee. Interpretación común a las doctrinas subjetivistas y naturalistas del amor, que estimaban poder fundamentar el proceso dilectivo en una inconsciente adjudicación del amante al amado de perfecciones y cualidades puramente ilusorias.

Concepción que en último análisis viene a asimilar el amor a un estado de autoenceguecimiento o hechizamiento, en virtud del cual el sujeto se vuelve incapaz de discernir frente a la persona amada el exacto valor que encarna, atribuyéndole atractivos y condiciones superiores a los que en verdad posee.

Según Max Scheler, el valor ideal existe realmente en las cosas amadas, pero no en modo actual sino potencial, a título determinante de la posibilidad a la vez objetiva e ideal de devenir en todo mejor y más bello, pero siempre dentro de su propia realidad o esencia genérica.

Sería en este movimiento del amor hacia los valores más altos donde residiría su rol creador. Pero ésta función realizadora

del amor debe ser comprendida con restricta parsimonia.

El amor tiene un rol creador con respecto a los valores, que consiste en elevar todo valor a su contenido y significación plenaria. Pero esto no quiere decir que el amor crea, propiamente hablando, los valores.

Sabido es que una de las tesis más fundamentales de la filosofía de Scheler, es la que define los valores como entidades abstractas, intemporales e inmutables, que no tienen principio ni fin, y consecuentemente no pueden ser creadas ni perecer. Los valores que son traídos a la luz por el amor son en cuanto a su vigencia anteriores al amor mismo, existen desde toda la eternidad, y son nuevos sólo con respecto a nuestra percepción o comprensión.

Según lo expuesto sería totalmente falso decir que el amor es una actitud que se puede definir como una búsqueda de valores nuevos en el objeto. Una indagación semejante sería más bien síntoma o consecuencia de un amor no satisfecho.

Sería igualmente erróneo afirmar que el amor se caracteriza como un esfuerzo por elevar el objeto amado **deseándole** bienes, o procurándole dones. Vale decir, un impulso aplicado a mejorar la persona amada, ayudándola o estimulándola a devenir portadora de valores superiores. Semejante esfuerzo supondría una pedantesca actitud pedagógica hecha más para extinguir que para alimentar el amor.

Se toca aquí el punto más difícil en lo que respecta a una estricta caracterización del amor. Lo que perfila al amor no es una tendencia hacia un fin, el deseo de realizar un ideal encarnado en un valor superior. Es a la inversa el amor mismo quien, en el curso de su realización, hace surgir de una manera continua en el objeto su valor superior. Pero, siempre, debemos tenerlo muy presente, emanando éste valor exclusivamente del objeto amado y sin la menor intervención del amador y aún independientemente de su deseo.

Decir que el valor superior es inherente al objeto y que el amor es capaz de entrever los valores superiores que sin él restarían inaprehensibles; o que el amor da solamente pretexto a la creación y a la producción volitiva de estos valores mediante la educación del amado; o aún, que el amor hace nacer de su propio seno espontáneamente y sin esfuerzo todos esos valores, es avanzar explicaciones simplistas, groseras, insuficientes, y que sólo sirven para oscurecer los fenómenos fundamentales, sobre los cuales debemos insistir.

Indudablemente el amor abre los ojos del espíritu para los valores más altos del objeto amado. Nos permite percibir dichos valores, **vuelve clarividente y no ciego como lo pretende el absurdo** proverbio de todos conocido, que confunde el amor con la pasión erótica instintiva, puesto que, lo que oscurece y obnubila no es el amor considerado en sus movimientos afectivos auténticos, sino únicamente los impulsos sensuales que lo acompañan, y que, de hecho, lo traban y restringen.

Esto admitido debe aclararse, no obstante, que esta clarividencia o superior perspicacia del amor, es sólo una consecuencia de éste, en inmediata relación con el ámbito del interés y de la a-

tención del sujeto, mas sin atingencia a su ser esencial. El amor en cuanto tal no comporta absolutamente una intencionada indagación o persquisición de nuevos valores en el objeto amado.

Antes al contrario, una búsqueda semejante, cuando existe, constituye más bien un signo de tibieza, tiende inconscientemente a crear una ilusión con respecto al amado, lo que revela una oculta insatisfacción en el amante frente al verdadero ser de la persona o la cosa a la que va dirigida la intención amorosa.

El verdadero amor no se manifiesta como un proceso de desdibujamiento por el que se intente dejar en una benévola penumbra los defectos e imperfecciones del objeto, trayendo en cambio a plena luz sus cualidades positivas; sino que debe caracterizarse más bien por el hecho de que seguimos amando a la persona amada, sin que se nos oculten sus defectos y aún a pesar de sus defectos.

El deseo de cambiar, de transformar el objeto o la persona amada no forma parte del amor. Se dice por eso con entera razón que amamos a las personas tal como ellas son, con sus cualidades y defectos.

Scheler profundiza esta definición diciendo que, lo que perfila radicalmente al amor es que amamos el objeto o la persona amada, tal como ellos son, con los valores que ellos poseen, negando que el amor lleve implícito la idea de un valor que el objeto **deba poseer**. "Tu debes ser esto o aquello". Si se antepone una condición al amor, la condición de poseer tal o cual valor, el amor ha sido desvirtuado en su naturaleza y en su esencia.

Se puede consecuentemente decir que la proposición: "el amor se proyecta sobre los objetos tales como ellos son" es incontestablemente exacta. En cambio cuando el amor siente la necesidad de recurrir al imperativo "tú debes" para sustentarse, se encuentra vacío por dentro y no logra más que provocar resistencias, lastimar el orgullo de la persona amada.

Establecido esto, debemos ahora nuevamente cuidarnos de incurrir en una errónea interpretación de las palabras "tal como ellos son".

Cuando decimos que el amor se proyecta sobre los objetos "tal como ellos son", no debe entenderse que se aman los objetos y sus valores tal como larvados e imperfectamente se dan y se perciben en la intuición sensible, sino tal como ellos valen idealmente y aprehendemos indirectamente en la **intuición esencial**.

Los valores esenciales a que se dirige el amor no tienen ni una existencia empírica, ni una existencia puramente ideal **que deba realizarse**; sino que tienen un tercer modo de existencia indiferente a tal distinción, que Scheler estima puede expresarse en la siguiente proposición: "deviene lo que tú eres", lo que no es lo mismo que decir: "tú debes devenir tal o cual cosa".

"Deviene lo que tú eres" es así una proposición dinámica, intermedia entre la pura pasividad que se expresa en la frase: "manente siempre tal cual eres", y su opuesta "llega a ser, realízate idealmente o realiza en tí idealmente tal o cual valor superior". Un modo de realización inmanente entonces que no lleva al objeto fuera de su propia esencia, que no trasciende del mismo, sino que se

desenvuelve dentro de las gradaciones de perfectividad en que debe circunscribirse siempre su esencia, sin posible extrapolación hacia valores que la sobrepasen o rebasen.

No menos equívoca sería la tercera concepción del amor, de acuerdo con la cual el **amor mismo** engendraría aquellos valores superiores, proyectándolos luego subrepticamente sobre los objetos.

Esta concepción, según Scheler, podría ser interpretada de dos maneras, ambas inexactas.

O bien los valores superiores provendrían del sujeto amante, que los atribuiría por una suerte de proyección afectiva, al objeto amado. O bien sería el mismo movimiento del amor el que originaría absolutamente los valores y los adscribiría a la persona amada, a la que en verdad son enteramente ajenos.

Mas aquel que atribuye sus propios valores a la persona amada es simplemente víctima de una ilusión.

En el amor evidentemente existen ilusiones de esta clase, mas lejos de originarse verdaderamente en el amor, reconocen una raíz contraria, puesto que testimonian más bien la incapacidad en que se encuentra el amante de sustraerse a sus prejuicios, intereses y sentimientos personales.

Semejante extraposición implica en el fondo una actitud ególatra desde que el amante revela tácitamente no poder amar en los demás otra cosa que sus propios valores. Tiene que reconocer en los otros sus propios valores para poder amarlos. No ve por tanto en el amado sino una transposición de su propio yo, que es a quien realmente ama cuando entiende dirigir su sentimiento amoroso hacia otro.

Aclaradas en tal forma las tres falsas interpretaciones con que generalmente suele confundirse su concepción del amor como un **movimiento dirigido hacia la elevación del valor**, desembarazada además de todos sus elementos empiristas y también de toda sobrevaloración de su función realizadora y creadora, nos encontramos recién en condición de definir al mismo en su contenido esencial y preciso: "El amor es un movimiento a favor del cual todo objeto individual y concreto, portador de valores, realiza los valores más altos compatibles con su naturaleza y con su destinación ideal"; o también: "el amor es un movimiento a favor del cual el objeto individual y concreto realiza el valor ideal inherente a su naturaleza".

#### IV

Enumerando ahora las notas que considera Scheler como características del amor, tenemos:

1°—Que es un movimiento o actividad por la cual percibimos los valores más altos del objeto amado;

2°—Que estos valores por lo general no existen en los objetos en modo actual y efectivo, sino sólo virtualmente y en potencia;

3°—Que el movimiento del amor consiste en elevarse desde estas formas puramente potenciales e imperfectas del valor según nos son dadas en la percepción sensible hasta su expresión más

elevada y perfecta, que aprehendemos mediante la intuición esencial;

4°—Que los valores que realiza el amor en el objeto, no son valores extraños a su naturaleza o esencia, sino valores immanentes a ellos, pero que no se encuentran realizados en ellos con total plenitud.

La primera objeción que cabe oponer a la concepción scheleriana del amor apunta a la interpretación del mismo como una actividad tendiente a hacer **perceptibles** en el objeto amado sus valores más elevados, valores que no serían inmediatamente visibles para la intuición no amante.

La percepción o conocimiento de los valores nunca puede ser una función primordial del amor. Definir como lo hace Scheler al amor como una actividad dirigida a hacer visibles los valores latentes del ser amado, implica una manifiesta incomprensión del contenido peculiar de la vivencia amorosa. El amor es siempre un estado o movimiento dilectivo "sui géneris" que no puede ser asimilado a una iluminación de la percepción, que no es en modo alguno percepción, ni del ser ni de sus valores, sino que se **acompaña** sólo de la representación, como todo acto o vivencia emocional.

En su consecuencia concebimos al amor como un movimiento que va del objeto amante al objeto amado, sí, pero que en modo alguno puede configurarse como un impulso a clarificar y hacer intuibles en el objeto los valores más elevados connaturales a su esencia; sino que debe definirse y circunscribirse dentro de un ámbito peculiar irreductible al conocimiento.

También se equivoca Scheler fundamentalmente cuando concibe al movimiento del amor, que va desde un valor inferior a otro superior, como realizándose en la persona o en el objeto amado.

Este proceso ascensional de los valores desde sus gradaciones más imperfectas hasta las más perfectas, se realiza en verdad, no en el objeto amado que, como tal, es estático y fijo, sino en el sujeto amante, que tiende a elevarse subjetivamente desde el valor dado que encarna dentro de su peculiar evolución existencial hasta el valor superior entrevisto y ansiado en el objeto amado.

El movimiento erótico es así un movimiento que se realiza en la más profunda intimidad del amador. Un proceso en cierto modo inmaterial y subjetivo que tiene como consecuencia un acrecentamiento de la personalidad del amante y de sus valores esenciales.

Esto no importa concebir al amor, según lo insinúa Max Scheler como un movimiento egoísta, que sólo tiene en vista la propia exultación del amador.

¿Si yo amo a una persona, y esto significa que anhelo elevarme a los valores y perfecciones inherentes a dicha persona, asimilarme a ella y hacerme partícipe, por la unión afectiva, de aquellos valores, se puede decir que tal amor no es en el fondo sino un movimiento egolátrico, por el cual busco únicamente mi propia perfección o enriquecimiento espiritual?

¿Y ello no significaría desnaturalizar esencialmente al amor, que debe entenderse siempre como un movimiento de entrega o autodación al ser querido o al valor querido?

Indudablemente no. Desde que, a pesar de ser el amor, a nuestro juicio, un movimiento que, según se ha dicho, se realiza en la subjetividad y en la intimidad del amante, no importa en modo alguno, por su peculiar naturaleza, una absorción del objeto en el sujeto —supuesto en que sería verdaderamente un proceso egocéntrico—, sino más bien una despersonalización o desyoización de la persona amante, una oblación y un sacrificio de su propia subjetividad e intimidad, para transmutarse en función de la subjetividad e intimidad de la persona amada, de cuya esencia y vivencias entra idealmente a participar.

El movimiento amoroso es así siempre proceso de **dación**, de entrega del sujeto amante a su objeto, holocausto interior de sus propios valores para sublimarse en los valores trascendentes del amado, oblación y ofrenda de sus vivencias más recónditas, que se sienten como arrastradas e izadas por la ascensional fascinación del amor.

Se interpreta así en su verdad el auténtico proceso o movimiento que se realiza mediante el amor, que es proceso autorealizativo y no proceso de realización **en el objeto**. Proceso de realización en el objeto que sólo puede ser concebido de dos maneras, no muy claramente definidas en Scheler.

O como proceso sustantivo de realización, en función del cual el objeto amado deviene efectivamente en su realidad ontológica o existencial, en su ser objetivo, los valores más altos que pertenecen a su esencia genérica. En tal caso no se explica cómo pueda ejercitarse esta función del amor mediante la cual se supone al objeto transformado y perfeccionado en su ser, por la sola gravitación del amor del amante que le está fuera y no obra en su cerrada intimidad.

A nuestro juicio, esta transformación del amado en su ser o esencia, en cuanto se la pretende originada en el amor que experimenta hacia él, el amador, es **puramente ilusoria**, implicando una concepción mágica del amor. La más pueril de las ilusiones con que se recubren las concepciones mágicas del amor.

El amor, es verdad, es dación o entrega, pero en cuanto es amor que se ejercita y efectúa por las personas finitas y en el seno de las personas finitas, no puede bastar por sí mismo para enriquecer y elevar la persona amada, el amor de las creaturas es totalmente impotente a tal designio. Es necesario la réplica amorosa de ésta, ya que solamente en la actividad amante el yo se dinamiza y mueve hacia su mejoramiento, es necesario la entrega emocional del amado, exclusivo cauce dentro del cual aquellos valores pueden llegar a ser asumidos e intrínsecamente transubstanciados.

Esta inherencia del movimiento realizador al amor amante se muestra aún en aquellas formas más excelsas del amor, como ser el amor divino, el amor de Dios por sus creaturas, que en principio, podría considerarse exento de toda necesidad de colaboración y fusión dilectiva con lo amado, para su realización. Puesto que, indudablemente la omnipotencia divina puede volcar en la creatura amada todas las perfecciones y valores que su amor exuberante y su voluntad infinita quiera discernirle.

Pero es sabido también, que los dones divinos que nos son otorgados en la forma periespiritual de la gracia, requieren para

su fructificación y arraigo en el objeto amado, un movimiento correlativo de amor de las creaturas hacia Dios.

La Teología mística en este sentido ha acumulado experiencias inapreciables. Nada puede la voluntad divina sin la voluntad amante del amado que se abre dilectivamente a su Creador y se hace poroso a la filtración de la gracia. La omnipotencia del amor divino se muestra impotente cuando encuentra el objeto amado ocluso y ciego a sus incitaciones afectivas. Sólo el que ama y en cuanto ama puede experimentar una transformación por el amor.

Con mucha mayor evidencia debe reconocerse ésto con respecto al amor humano, lastrado por la finitud e imperfección de todo lo que es humano. El objeto amado en cuanto tal es como un recinto cerrado cuyas puertas no puede violentar el amador. Es necesario que su círculo se abra interiormente por el impulso dehiscente del corazón. Es decir, es necesario que el objeto amado o la persona amada, se convierta a su vez en amante, para que aquel mágico encerramiento en donde se angustiaba su intimidad sea roto y se sienta liberado de su ensimismamiento, haciéndose receptivo a las impregnaciones del amor.

## V

Importa aquí, a fin de evitar ineludibles malentendidos respecto al contenido que debe atribuirse a esta autotransformación y explicitación esencial del yo amante, discriminar los diversos modos y grados en que esta transformación puede ser operada.

Primero: en su forma primordial y más baja, puede ser considerada como una absorción y asunción de valores o vivencias ajenas, en la cual estos valores y vivencias son reducidos e incorporados a la substancia primigenia del yo, algo semejante, por ejemplo, a lo que ocurre en la nutrición en la que el alimento es asimilado e incorporado enriqueciendo la sangre y la carne del nutriente.

Esta forma o grado inferior del amor, no puede ser llamada propiamente amor, sino concupiscencia. La concupiscencia debe caracterizarse así no como hasta ahora por los objetos a que se dirige (bienes materiales o sensuales), sino por el modo egocéntrico en que se dirige.

Puede haber por tanto concupiscencia y no amor aún con referencia a valores puramente espirituales. Un ejemplo de ésto, de preminente gravitación sobre la evolución de la cultura contemporánea, lo encontramos, a nuestro juicio, en el proceso por el cual en las sociedades democráticas y demagógicas la masa semiculta ha definido su actitud frente a los valores espirituales.

Se ha pretendido caracterizar este movimiento como una progresión positiva mediante la cual la mayoría podrá por fin encontrar expedito el camino de acceso a los valores superiores, reservados hasta ahora a una minoría cerrada.

Pero en el hecho el proceso en verdad no ha consistido en una elevación amorosa de los valores más bajos a los más altos, con la correlativa autonegación de las mayorías banales de sus propios valores, para infundirse y transubstanciarse en valores más y más excelsos; sino a la inversa, el movimiento de nivelación se ha resuelto, no en una progresión ascensional de lo inferior a lo

superior, sino en un proceso de abajamiento de todo lo que por su índole o naturaleza excede los lindes de lo trivial y cotidiano, al estricto nivel que ellos determinan.

Movimiento de absorción, de asimilación etc., de lo superior por lo inferior, de lo más perfecto por lo imperfecto, en el cual lo superior pierde su espiritual substancia, se empequeñece y pauperiza, hasta dejar de ser sí mismo, deviniendo la propia substancia grosera y alúcida en que se resuelve.

Lo que con entera razón se ha dado en llamar "especulación a la baja" de los valores humanos, por la que se trata de explicar todo valor ético, religioso, estético etc., no en sí mismos, sino refiriéndolos a sus últimas raíces, que se postulan arraigando en los fondos oscuros de la sensualidad y del interés personal, posición que en el plano teorético ha sido sucesivamente encarnada por Nietzsche y por Freud, pero que en verdad preside todo el orden judicativo de la mente moderna y aún el sistema completo de nuestros hábitos de interrelación social y espiritual, no es otra cosa que el resultado, o por decirlo así, el engendro monstruoso de la concupiscencia.

En el sentido diametralmente opuesto a ésta, el amor a la inversa, debe concebirse como un movimiento en el que el amante hace donación y entrega plena de sí a la realización de los valores o momentos superiores del Ser.

Este movimiento de dación puede realizarse nuevamente en dos sentidos antinómicos.

Un movimiento que va de abajo arriba, ya escogitado por Platón en *El Banquete*, amor que asciende del no-ser al ser, de las formas más bajas e imperfectas de la realidad a las formas más elevadas y perfectas.

Este es el amor característico o propio de todas las creaturas finitas. Por lo mismo no es nunca plenamente y exclusivamente amor, sino síntesis que participa del amor y la concupiscencia; amor en que reside y se oculta todavía un gran monto de sentimiento egolátrico.

Su proceso de autotransformación y sublimación en los valores superiores se acompaña siempre, mejor dicho, implica también un engrandecimiento y dilatamiento de su propia substancia interior. Es entonces oblación y holocausto de sí, de su propia vida o existencia inmediata, pero para renacer en una vida o existencia superior.

Y por último, un tercer movimiento, absolutamente espiritual, que va de arriba abajo, de Dios a sus creaturas, amor que es substancialmente dación, exclusivamente dación, sobreabundancia, rebasamiento de la plenitud del amante sobre los objetos amados, en el que el amante no puede ya elevarse a la participación de los valores más altos del amado, porque se encuentra en un plano más cimerero, infinitamente superior a la excelsitud de ellos.

Este amor que en su forma perfecta y absoluta sólo se da en Dios, en el amor de Dios por sus creaturas, importa también un enriquecimiento de éste, pero no de otra cosa que de amor mismo.

Dios que es amor infinito, sólo puede manifestarse, revelarse como amor. Se engrandece y plenifica a sí mismo en cuanto da,

su absoluto dar es su adquirir, en cuanto al amar se acrecienta a sí mismo en su esencial substancia que es amor, total y absolutamente amor.

---

Tenemos así tres modos o concepciones del amor que señalan intencionalmente a una misma esencia, aunque sorprendida en su realizarse en diversos modos o direcciones divergentes.

El hecho de que una misma esencia pueda retener, según los planos desde la que se la enfrente, o según la diversidad de sus propios movimientos interiores, notas contradictorias entre sí, muestra la imposibilidad de que un auténtico conocimiento filosófico pueda ser alcanzado mediante la sola descripción fenomenológica.

La fenomenología por lo mismo que se funda consciente o inconscientemente en el principio de identidad, que es en verdad ajeno de la realidad existencial, debe excluir de toda descripción de sus objetos aquellas notas que aparecen como inconciliables entre sí.

Por eso con respecto a toda objetivación existencial, que tiene en su raíz a la libertad, y que presenta consecuentemente formas y procesos antinómicos de autorrealización, toda descripción fenomenológica deberá ser necesariamente parcial, debiendo optar por uno de sus diversos contenidos o significaciones contrapuestas y dejar en penumbra las demás.

En cambio dentro de la concepción dialéctica toda realidad no puede estimarse configurada en su plenitud sino cuando se considera fenomenológicamente sus diversas formas contradictorias, se analiza la forma en que cada una de ellas muestra su interior parcialidad e insuficiencia a medida que ahondamos en sus entrecruzados contenidos, y por último se muestra el proceso integrativo mediante el cual, por ínsita necesidad inmanente, cada momento o forma, pasa de sí y al través de las formas y momentos contrapuestos, a sus realizaciones más acabadas y perfectas, en la síntesis dialéctica superior en que las dos formas inferiores se complementan y concilian.

## VI

¿Ahora bien, si es erróneo, como acabamos de demostrar, concebir con Max Scheler el movimiento amoroso como un proceso sustantivo de realización llevado al cabo por el amante en la propia substancia espiritual del amado, sería más satisfactoria su interpretación en cuanto se inclina a definirlo como un movimiento puramente cognoscitivo por el cual se hacen perceptibles al amador los más altos valores del amado?

Si bien esta segunda interpretación, que se adhiere más estrictamente a la exposición scheleriana, no tropieza con la irreductible imposibilidad del amante de realizar mágicamente el objeto amado, desde que se supone al amor como un proceso puramente subjetivo por el cual son abiertos a nuestra percepción los valores ideales del objeto que habían permanecido hasta entonces ignorados por la visión profana, esta concepción sería aún más inconsistente que la anterior, desde que reduce al amor a una nimia

función teórica, que deja de lado lo esencial y más característico de su contenido.

Es desde este punto de vista que Max Scheler insiste en declarar que en el amor propiamente dicho no hay ninguna **realización**, y en efecto, se trataría acá únicamente de una iluminación o alumbración cognoscitiva mediante la cual nuestra posibilidad de aprehensión con respecto a los valores del objeto aparecería incrementada.

Pero se conciba este acrecimiento como referido únicamente al conocimiento del objeto, o se lo interprete como alcanzando también su devenir real, siempre debe entenderse y esto es fundamental para Max Scheler, como realizándose dentro de los lindes bien especificados de la naturaleza o esencia inmutable del objeto.

Están aquí, como se ve, de por medio dos principios fundamentales de la filosofía scheleriana, el que concibe la realidad como esencialmente estática en sí misma, y todo devenir como el mero ciclo que cumple cada realidad para realizar su propia esencia, periplo circunscripto de antemano, en un todo semejante, por ejemplo, al transformarse de la semilla en el árbol y el árbol en semilla y así indefinidamente. Y segundo: su concepción de los valores como entidad abstracta, intemporales e inmutables, y por ende no sujetas a trasmutaciones ni a modificaciones esenciales.

Claro está que en un mundo así concebido, la función del amor que ya fuera definida certeramente por Platón como un engendramiento en la belleza, tendiente a realizar la inmortalidad, aparece como irrealizable y a la vez supérflua.

Es entonces su falsa metafísica la que impide a Max Scheler alcanzar una exacta comprensión del fenómeno del amor, en cuanto debe dejar en la sombra, desvalorizar y desconectar los contenidos esenciales incompatibles con su concepción antidinámica del mundo. Nuestra investigación sobre el amor nos deberá conducir así a una superación de toda interpretación estática de lo real dentro de la cual la virtud engendradora del amor deviene intrascendente e infecunda.

El amor es un movimiento que se realiza en el interior del sujeto amante dirigido al objeto amado, y por el cual el amante se muestra como transubstanciado y emocionalmente arrebatado, robado y poseído por el amado, y que tiene fundamentalmente como consecuencia, consecuencia que arraiga en su más absoluta naturaleza, una autocreación de trascendencia ontológica.

Esta creación puede realizarse, o en el sólo sujeto amante, cuando la dirección del movimiento dilectivo es unilateral e irreversible, como en el amor no correspondido o ignorado, o el amor a valores impersonales, o aún al mismo Dios en cuanto no se contempla aún el correlativo amor de Dios por sus creaturas.

En este caso extremo, el amor ya es en sí mismo creador, creador en la intimidad del sujeto, que se acrecienta y dilata, transubstanciándose en los valores amados, se crea a sí mismo en su amor.

Este modo esencialmente subjetivo de creación por el que el sujeto amante se eleva a realidades más y más superiores, es así **síntesis puramente interior**, unidad realizada en la intimidad del yo, de ésta con los valores objetivos a que tiende como a su

meta ideal de realización, abrazo inmaterial del que deberán engendrarse, siempre interiormente, nuevos valores o vivencias existenciales.

Frente a esta síntesis puramente subjetiva que no trasciende de la interioridad del yo, sino que determina sólo nuevas realidades y valores inmanentes a ella, debemos contraponer otro modo de realización esencialmente transitivo y objetivante, modo de realización que es ya creación en su más estricto sentido, en cuanto es producto objetivado de la fusión o unión del amor del amante y del amado, síntesis unitaria en la que sobre la base de dos valores o vivencias fundamentantes, se erige un nuevo valor o ser independiente con respecto a los dos primeros.

En este segundo grado más plenario de creación, que es, por otra parte, el único que ha sido visto hasta ahora, el tercer momento realiza la síntesis dialéctica en la que aparecen al mismo tiempo conservadas y superadas las valencias madres que fecundan el movimiento realizador del amor. Se engendra en él un nuevo ser o valor que participa y al mismo tiempo trasciende el contenido viviente de sus valores engendrantés.

Esta función dialéctica del amor en la que adquiere su plenitud realizadora se cumple así tanto en el plano de lo puramente espiritual, cuando realiza la síntesis de dos valores dispares o contrapuestos en otro superior que los comprende, como en el plano de la pura existencialidad, cuando cumple la fusión de dos vivencias existenciales que dan a luz y originan con su unión otra vivencia más compleja, en la que subsisten elevándose a un rango superior las vivencias fundantes, y por último también, en el orden de la biología, cuando se engendra un nuevo ser por la unión erótica de dos individuos de sexos contrarios y las más de las veces también de caracteres contradictorios.

Y por último y sobre todo, creación en su sentido más absoluto existe en el amor **dación** propio de la divinidad, interpretando el cual la teoría concibe al mundo **creado por un acto de amor**, por el supremo amor de Dios, que es al mismo tiempo la esencia del mundo y su raíz primordial.

## VII

Resumiendo entonces, la concepción del amor de Max Scheler es digna de los mayores encomios, por cuanto con ella ha logrado poner al descubierto todo un mundo ideal organizado según leyes inmanentes, irreductibles al orden racional, que había permanecido hasta entonces en una ensombrecida penumbra.

Hay un orden objetivo de los valores —asequible únicamente a la luz del amor— hacia el cual se dirige emocionalmente nuestro corazón y en el que encuentra la ley transcendente que reprisa y da sentido a su tumultuoso y ciego bullir.

El ámbito del amor no se concibe ya como un caos de impulsos desencadenados y violentos, que debe ser sometido a las normas de la razón si quiere evadir el destino de su irremediable auto-destrucción y aniquilación.

Debemos reconocer un orden o una lógica del corazón, según la lúcida expresión de Pascal, constitutiva de una legalidad ab-

soluta y eterna del sentir, amar y odiar etc. tan absoluta como las leyes formales de la lógica pura, pero que no puede ser confundida con éstas.

Frente a los valores, nuestro corazón más que el cráter llameante cuyo fuego devorador consume sus propias entrañas, sería el lago cristalino sobre el que se reflejara la majestuosidad del paisaje del mundo, las infinitas perspectivas del existir a la luz de las constelaciones de los valores y las leyes eternas que las gobiernan. O como la cripta profunda en la que repercute, se ahila, y se torna emoción estética ideal, el ritmo inmaterial de las formas.

Hay un orden del mundo, y hay un orden del corazón que expresa en forma refleja la exacta jerarquización, ordenación y armonía en que se despliega la realidad universal en función de los valores.

La comprensión del amor como el órgano de éste orden inmanente al cosmos y de su conocimiento mediante la intuición esencial, es sin disputa una de las conquistas más fructuosas del pensamiento scheleriano.

Sólo que a nuestro juicio, Max Scheler no habría sabido captar la función del amor en toda su plenitud, que es plenitud de creación.

Más que como el ámbito pasivo de resonancia de los valores, el amor debe ser concebido como su fuente absoluta y originaria, que brota desde las profundidades más insondables del existir y de la cual habrían ido generándose todos los valores como momentos o formas de objetivación y autorrealización de la existencia misma.

El orden de los valores, no sería así un orden inamovible, horizontal y estático. Señala más bien el proceso de ascenso del mundo a Dios mediante el amor, y como las sucesivas gradas de esta elevación. Un orden que no encuentra el amor frente a sí y al cual deba someterse, sino que él mismo crea desde sus más hondas profundidades, en las que toma contacto con lo divino. Orden vertical que es como el ritmo inmanente al vuelo del espíritu.

(Especial para "Universidad Pontificia Bolivariana".)